





# LAS PESTES DEL ALMA



Ana I. Fernández Escribano

# LAS PESTES DEL ALMA



Primera edición: septiembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana I. Fernández Escribano

ISBN: 979-13-990968-0-4

ISBN digital: 979-13-990968-1-1

Depósito legal: M-19683-2025

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@realnoirediciones.com](mailto:info@realnoirediciones.com)

[www.realnoirediciones.com](http://www.realnoirediciones.com)

Impreso en España

La suma de coincidencias necesarias  
para que ocurra un desastre  
es verdaderamente desconcertante

PIERRE LEMAITRE

*Para Ángela y Lucía.  
Con ellas siempre supero  
las cimas más imposibles.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*  
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,  
amantes incondicionales de la novela negra

## PRÓLOGO

Madrid es un excelente escenario para la novela negra, raras veces aprovechado, salvo por maestros como Juan Madrid (paradójicamente nacido en Málaga, pero el apellido era premonitorio), capaces de encontrar en las calles mucho más que una simple localización, una referencia cartográfica intercambiable con cualquier otra ciudad.

Madrid tiene una identidad hecha de miles de identidades que la conforman, y en este libro transcurre como un personaje más, que no habla por sí mismo, sino a través de los atormentados personajes. Cada uno tiene una historia cotidiana y estremecedora, cada uno podría ser el vecino de al lado (espero por vuestro bien que no lo sea), cada cual transporta su propio y pequeño infierno, subjetivamente infinito e infranqueable.

Para ejemplo, la vida de uno de los protagonistas, el inspector jefe de la Policía Sebastián Villarta, hundido en una espiral de alcohol y autocompasión, de la que lo saca, para volver a arrojarlo luego con más furia, una relación amorosa y sexual caótica, una fuerza que lo mismo podría salvarlo o destruirlo para siempre.

Como casi todos los «madrileños», Villarta viene de fuera de la capital, sus raíces tironean de él una y otra vez hacia El Pedernoso, pueblo de La Mancha que es el feudo de su familia. Allí lo aguarda la casona paterna, de la que necesita —pero quizás no logre—, alejarse definitivamente

Frente a esas debilidades, Villarta posee una excepcional habilidad como investigador, que de alguna manera lo rescata del pozo

sin fondo que es su propia vida. En esta tarea cuenta con la voluntad, el apoyo y el instinto de subinspector Félix Ledesma, una de las pocas personas que siguen creyendo en Sebastián, aunque también acarree sus propios problemas familiares.

Un crimen horrendo, al que seguirán otros igual de terribles, arranca a ambos policías de los sufrimientos domésticos y los lanza hacia una búsqueda que puede acabar por destruirlos.

Lo que parece un crimen sangriento y aislado, pronto se revela como la obra de alguien que seguirá matando con virulencia inusitada.

Villarta y Ledesma avanzan, pero el asesino parece ir un paso por delante de ellos.

Mientras tanto, Madrid sigue con su bullicio de los fines de semana en el Rastro, sus merenderos en las afueras que intentan en vano negar la supremacía del cemento, y sus barrios en los que cada edificio colmena puede ocultar atroces realidades.

En una galería de personajes que terminamos por conocer como familiares (aunque luego desearíamos no haberlo hecho), se perfila la figura del comisario Gutiérrez, mucho más que un tópico de jefe preocupado por la obtención de nuevos galones. Gutiérrez es, de alguna manera, la antítesis de Villarta y Ledesma; para él la calle es solo un camino hacia una cima de su carrera, no el lugar por el que transitan, viven y mueren miles de personas.

Su ambición, más que ayudar a los policías, aportará nuevas dificultades a una investigación que podría parecer simple, pero obedece a un plan madurado durante mucho tiempo.

Y tiempo es lo que los policías no tienen. Ni para resolver el crimen, ni para solventar sus propios conflictos.

Hay un tic tac siniestro latiendo en alguna parte, quizás dentro de ellos mismos.

Y no sabremos hasta el final si se trataba del sonido de un despertador o el preludio de una bomba de violencia y muerte.

Esta novela de Ana Isabel Fernández la confirma como una escritora valiente, que no teme adentrarse en la brutalidad de los

temas que aborda, sin olvidar nunca el perfil psicológico de cada personaje, las motivaciones que podemos o no compartir, pero que parecen tan reales como la vida misma. Como la muerte.

CARLOS SALEM



## UN CADÁVER

El cielo está moteado con dos franjas de colores anaranjados. El atardecer pinta el horizonte y se entromete por los espacios abiertos de un poblado encinar. El silencio es abrumador y denso. Entre las encinas de copas anchas y de troncos gruesos y acartonados, destaca una isla de pinos. Sus afiladas y verdes hojas están sitiadas con madejas blancas fabricadas por las orugas. Los nidos vacíos parecen bolas desiguales y tejidas de algodón.

El sol está casi poniéndose en el firmamento. En su escapada, las migajas de lluvia de la tarde se apelmazan en las ramas y se aglutinan como redes de araña. Simulan ser pequeños collares de perlas. El paisaje es idílico para escapar de la rutina y el ruido de la gran ciudad.

La gente sale a pasear para contemplar los paisajes florecidos. A estas horas, el paraje es todo un tapiz. Es bonito el contraste que marca una imaginaria línea divisoria entre el campo abierto y despedazado por el silencio y tranquilidad, y todos aquellos edificios que se divisan a lo lejos cuales fichas de dominó. Desde ahí, la ciudad no se muestra tan abrumadora y atosigante como en realidad es en días laborables.

La alimaña, escondida entre la vegetación del entorno y la espesura del montículo de árboles que empodera el poblado de pinos y encinas, observa con atención el espectáculo que está por suceder. Sabe que ha cometido el acto más atroz de su vida. Que no es un

pecado, que no es una rabieta, sino más bien un infierno que se ha instalado en su corazón. Pero ya no importa nada, porque ha cumplido una misión. Y mientras espera que todo suceda en cadena, ve aproximarse al paseante que todos los días y a la misma hora desgasta sus pasos y las suelas de las zapatillas por el asfalto arenoso de los caminos y las sendas de la Campiña del Salazar y el Barranco de las Olivas. Sin más, recuerda algo que leyó en un libro:

El amor es el arma más mortífera del universo, porque es un arsenal nuclear en la mente de una persona que ha perdido la razón y el entendimiento o que no asume una despedida.

A lo lejos, el punto diminuto de carne y de vida se aproxima hacia la arboleda. Todo está en armonía. Sin ruidos, solo el goteo del magma que fluye del cuerpo que cuelga de la rama de un pino, una estirpe gruesa, recia y resistente, pero no la más alta, para que sus pies se encuentren en el medio del limbo. Un espacio de nadie y que a nadie pertenece. Un lugar vacío entre cielo e infierno. Un sitio tan aislado como la Campiña del Salazar. Paisaje abierto entre un mar de espigas verdes, pueblos lejanos y ajenos a la ciudad, y la monstruosidad de cristales y jardines cuidados. Aquí no hay esqueletos de ladrillo, agujeros y socavones en tierras urbanizables por donde se cuele el aire. Ni carteles publicitarios ofreciendo las mejores vistas y en torno a colonias unifamiliares, aunque con la crisis en su punto más fuerte, se hayan convertido en promesas rotas. No se ven rótulos de colores vivos y palabras grandes reflejando los sueños del español trabajador, y que la pésima economía ha devorado. Este lugar es una burbuja que resiste a la sociedad. Desde que la gente no gasta tanto en bares, tiendas y ocio, hay más viandantes. Al menos, se deshacen de las preocupaciones diarias derivadas del dinero. Los paseos por el campo calman la desidia y el desasosiego de quienes sienten el peligro del desempleo resollándoles cerca. El año dos mil nueve está siendo peor que el

anterior, por mucho que los políticos nieguen la catástrofe. Las esperanzas de remontar cada vez se distancian más de la verdad. Pero en el pequeño paraíso natural todo queda distanciado de la asfixia. Hay paz, y eso hace perfecto el sitio. La alimaña está detenida y aferrada a la corteza dura y áspera del pino. Una pestilencia emana del cadáver y los moscardones acuden en manadas a las entrañas abiertas y sajudas del cuerpo inerte y holgado que espera a ser descubierto por el caminante. Todo es producto de un plan bien trazado.

«¿Qué es aquello?», exclama en voz alta Marcelo, un jubilado que dedica gran parte de su tiempo a pasear y buscar la mejor fotografía paisajista.

Saca su cámara de la mochila, enfoca el objetivo y hace la foto. Algo está colgado de un pino. Pasea todos los días por el mismo lugar y eso ayer no estaba. Además, es el punto donde él siempre llega con su itinerario. Confuso, encauza otra vez dándole al *zoom* para ampliar la imagen. Empalidece. No hay error; se trata de un cadáver suspendido de una rama. Detiene sus pasos con brusquedad. Su mente no admite lo que ha visto y tarda en procesar la figura ahorcada. Unos segundos de reacción y echa a correr por el campo para llegar cuanto antes al camino donde ha dejado su vehículo. Siente que alguien lo persigue. Que una mano lo agarra por los hombros. Por unos instantes gira la cabeza. Nadie va detrás; es el miedo en su estado más puro que se ha pegado a su nuca y siente el soplido y cosquilleo de la cobardía. Ve el todoterreno detenido sobre el lomo de la linde del sendero y parece que cada vez se aleja más y más. Cuando se aferra al asa de la puerta del auto, su resuello rechina como el de un caballo de carrera agotado. Entra y echa el seguro interior de todas las portezuelas. No se siente a salvo. Arranca el motor y pisa a fondo el acelerador. Las ruedas chirrían y raspean la gravilla del camino. Se dirige a la ciudad a toda pastilla. Se entromete en la autovía A-6 con brusquedad. Está a punto de provocar una colisión en cadena. Los cláxones del tráfico suenan con rabia. La ciudad es un espejismo, un reflejo que se difumina en

la lejanía. Conduce sin bajar la velocidad. Las tripas del motor se quejan. Pero no desacelera. Las luces ya no quedan tan lejanas, sus formas poco a poco se tornan más visibles y dejan de simular ser luciérnagas. Enseguida se introduce en uno de los carriles con entrada al ala sur de Madrid. Mezclado entre el furor de los motores y el rugido gigantesco de la metrópoli, Marcelo comienza a calmarse. Con lentitud y con la paciencia a punto de resquebrajarse, llega urgido a la comisaría central, que está sitiada de vehículos patrulla. Con la imagen del ensangrentado cadáver pendiendo de una soga de cáñamo, avanza entre las mesas de los agentes. Recuerda el sitio de la escena del crimen. Para siempre quedará en su reminiscencia.

«Buenas tardes, señor. ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Alguna denuncia?».

El agente Cruz Segovia pregunta con voz apagada y sin mucho entusiasmo; el hombre se tercia cansado y gris de tantos años dedicado al cuerpo policial. Tanto es así que los malabarismos de tiempo no son suficientes para paliar su papel de padre y esposo. Desde que su único hijo tuvo el accidente, nada ha sido lo mismo. Meses interminables en la UCI. Dos años largos de rehabilitación. El aprendizaje en logopedas para volver a hablar. Ha tenido que instruirse como maestro de su muchacho. Ha debido aprender a dominar sus pasos apresurados y sin descanso, para ser calmante de las pesadillas de su chico. Ha pedido al Cristo de la Salud de su pueblo, La Puebla de Almoradiel, que le diera fe para no abandonar su lucha y ser ángel de sus caídas y confesor de sus miedos, que también los son suyos.

Ha rezado a todos los santos que poseen el don de la sanación, para permanecer cual bastón y sostener el equilibrio de la mente de su rapaz, y que sus esperanzas no se disuelvan como polvo en las nubes. Al día de hoy, debe lidiar con grandes dificultades. Se le parte el alma al ver la voluntad de su hijo que se disipa, al tiempo que todos sus sueños. Su retoño nunca ha sido mucha persona, y no se refiere a lo material, eso que se toca, que se palpa y desprende aroma. Su muchacho siempre ha sido alto y fuerte, pero algo raro. Y a él eso se lo llevaban los demonios. Pero nada tan cruel y ruinoso

como sentir el estruendo de la muerte tirando de su chiquillo. Eso eclipsa cualquier defecto que engloba su ser. Porque la sangre de uno duele, duele como la picadura de un tábano.

Su hijo lo tenía todo para ser un triunfador. Estudioso, inteligente y cultivador de su cuerpo. Y todo eso en un momento quedó reducido a la nada. Nos creemos indestructibles, y solo un despiste de Dios sobre nuestras vidas y todo se convierte en un infierno. En polvo. En cenizas de una normalidad que a cualquiera bastaría para ser feliz. Eso mismo sucedió con su familia. Las semanas y los meses consumían las carnes de Nacho. Los ojos se perdían entre el cráneo mientras divagaba en la espesa laguna del coma. Toda su masa muscular eran sarmientos secos. Su mujer y él hacían turnos en el hospital, cerca de la cama del niño. A su mano inerte, Cruz se aferraba con fuerza, si con eso bastara para traspasarle la vida. Fueron días muy duros. Días tan tristes y desolados que le dolía hasta las moléculas del alma. De hecho, desde entonces, el agente Segovia aprecia más cada instante, cada risa y cada película junto a Nacho por temor a perderlo de nuevo. Porque ahora entiende que no hace falta estar muerto para saber que no tienes savia en las venas cuando se depende tanto de la prosperidad de a quien se ama.

De pie tras un mostrador de madera, desgastado como sus ánimos, espera a que el tipo hable. Su antigüedad da ese testimonio de veracidad al adivinar, en ocasiones, la gravedad de un hecho con solo observar el rostro de las personas. Y el hombre que tiene frente a él es paliducho, con ojos colosales a punto de salir de las órbitas oculares. Las manos y los dedos se mueven al soniquete de unos nervios que lo van devorando. «¡Está claro, a este tipo le pasa algo gordo!». Él es la primera barrera que topan quienes llegan a comisaría. El primer filtro que deben lidiar para que los inspectores comiencen un caso.

—He visto un cadáver colgando de un árbol —responde a bocajarro. Como una ofensa, la frase sale sin pensar en las consecuencias.

—¿Dónde?

—En la Campiña del Salazar. ¿Conoce el lugar?

El policía asiente. Es un sitio tranquilo a las afueras y rodeado por grandes poblados de árboles. Merenderos repletos de encanto, con vistas a un horizonte sembrado de cereales. Ahora, en mayo, los trigales y las cebadas son un mar verdoso. Suele acudir en sus días libres con la parienta. Y también con su hijo, para tomar un poco de aire sano. Es la única forma de sacarlo de casa. Nunca ha tenido muchos amigos, y los pocos que tenía lo dieron por desahuciado de la vida tras estar varios meses en coma. Su chico es su héroe. De cada cien, solo uno sale vivo de un accidente tan grave. Por él no se ha jubilado ya, porque necesitan hasta el último céntimo que entra en casa para sus terapias. «Y luego, otro motivo por el que acudo a la Campiña del Salazar es por mi mujer. Está enganchada a las compras compulsivas en los canales de televisión. La casa está llena de cacharros complejos de entender y con instrucciones en chino. Los únicos días en que cocina bien es cuando hace la comida para comer en el campo. Bueno. Y los cocidos madrileños de los domingos», piensa el tipo enfundado en uniforme. Cruz Segovia coge la cámara de fotografiar y echa un vistazo a las fotos ancladas en la memoria de la tarjeta.

—Entonces, ¿conoce el lugar o no? —vuelve a preguntar el hombre, algo más alterado al ver que el policía se ha quedado pasmado—. ¡Mejor será que busque a otro poli, porque usted está en busca del arco iris! ¡Joder!

Ledesma observa desde su mesa la escena. Prefiere no acercarse para no poner en evidencia a su compañero. Cruz, desde hace tiempo, tiene un comportamiento un tanto extraño. Distráido, sin sustancia cuando se dirige a él o alguno de los policías. Abstracto en su forma de actuar. Encogido entre los pliegues de piel sobrante que se acumulan alrededor de su corto cuello. Sin conversación, ni risas. Sin cervezas luego de una larga jornada. Alguien con un perfil adusto. Antes no era así. Algo grave debe de sucederle para que cambie el DNI de su personalidad. Ledesma intenta volver a sus cosas, pero, alertado por las voces del hombre, acude a admisión.

Poco a poco, el semblante de Cruz Segovia se va tornando blancuzco y lechoso. De pronto, el agente se desploma al suelo. Los papeles que no han sido encestados en la papelería están sepultados bajo la espalda ancha y recia del veterano policía. Se ha armado un revuelo monumental en las oficinas. Una de las agentes llama a una ambulancia. En un parpadeo, la comisaría es avasallada por los sanitarios. Las ruedas chirriantes de la camilla pasan desapercibidas entre la algarabía por la preocupación que gira en torno a un compañero abatido por un váguido.

—¿Me va a atender alguien de una vez o no? —Ledesma se gira hacia el lugar de donde procede la voz brusca. Sentado en una silla del fondo de la sala de admisión, se encuentra el individuo que tanto alboroto ha causado—. ¡Eh, tú!, ¿me vas a atender o qué cojones pasa aquí? Intento denunciar un crimen y nadie me hace caso.

—Disculpe, señor —dice Ledesma—. Soy el subinspector de la Policía judicial. Sígame a mi mesa y cuéntemelo todo.

El hombre se tranquiliza al ver que, al menos, alguien presta atención a su denuncia.

—Me llamo Marcelo Campanar —carraspea antes de hablar más—. Cuando iba paseando por la Campiña del Salazar, me disponía a hacer una fotografía y, bueno... Vea usted mismo lo que he encontrado.

Ledesma toma la cámara y comienza a ver las imágenes captadas por el objetivo. Ve unas fotos paisajísticas y de podencos de caza grabadas en la memoria digital. Pasa los retratos hacia delante, hasta llegar a las de un cadáver colgado de la rama de un pino. El *zoom* ha captado a la perfección el mal estado del cuerpo.

—¡Hostia! ¿Sabría decir el punto exacto donde ha visto al cadáver?

—Esta foto la he tomado desde unos cien metros de distancia del lugar, justo al pasar el Barranco de las Olivas. Se llama así porque hay olivares. Tampoco se mataron mucho para buscarle un nombre.

Por costumbre, y por pura necesidad, mira para atrás y ve el despacho oscuro y vacío del inspector jefe Sebastián Villarta. Se muere

porque se incorpore pronto al trabajo, pero sabe que su baja y recuperación es de digestión lenta. Charlan de vez en cuando, conversaciones cortas, secas y poco profundas, porque cada vez que habla con su amigo, siente que lo apremia para devolverlo otra vez al zulo infernal de la delincuencia. Además, escuchar su voz queda y apagada provoca en Ledesma agotamiento mental. Ahora que el equipo está huérfano del cabecilla, él es quien debe dirigirlo, cosa que aviva más la atención del comisario Gutiérrez, que no le quita ojo de encima.

—Está bien, señor. Necesitamos hacerle más preguntas.

—Entiendo, pero... yo no sé nada más que lo que se muestran en esas imágenes.

—¿Hacia qué hora aproximada se ha topado usted con el cadáver?

—Pues a las nueve de la tarde.

Ledesma se sorprende de la exactitud de la hora. El hallazgo de un cuerpo en mitad de la nada suele causar gran impacto, hasta el punto de no recordar algo tan sencillo como la hora, los ruidos o las características del entorno. En cambio, el tipo que tiene delante está inalterable. Las malas formas las ha volcado con el pobre Cruz, y después de saciar su tiranía con su compañero, se muestra tranquilo, como si todo el fogueo de mala sangre hubiera ardido en una pira de leña seca.

—¿Por qué sabe que eran las nueve?

—Bueno, es cuando mejor se toman las fotografías. Los colores paisajísticos del cielo y las sombras que se extienden a lo largo del campo suelen ser mis mejores trabajos. Por eso sé que eran las nueve. A esa hora, el sol se pone y es todo un espectáculo —responde con total calma.

—¿Y por qué no las nueve menos cuarto? —pregunta Ledesma.

—¡Coño, porque miré el puto reloj y las manecillas marcaban las nueve en punto!

—Comprendo.

—¡No, qué va! ¡Usted cree que yo soy culpable!, ¿verdad? Me mira igual que su compañero. ¡Esto me pasa por ser buen ciudadano! —protesta el señor Campanar.

—No, eso no es cierto. Es algo protocolario —Ledesma quiere evitar que el tipo haga otra exhibición de su mal talante.

—Pues eso, que eran las nueve y el atardecer estaba echándose encima. Yo que usted no me entretendría en formalismos. Aunque ha llovido, hace mucho calor y los moscardones no tardarán en agujerear el cadáver. Y por allí también hay muchos buitres y depredadores. Ya sabrán el porqué.

Varios coches de la Policía acuden al lugar descrito por Marcelo Campanar. Según las descripciones, faltan tres kilómetros para llegar al Barranco de las Olivas. El cadáver debe de encontrarse más adelante. La Campiña del Salazar está a oscuras. Silenciosa y dormida. El cielo está asediado por la noche. Ya no hay rastro de nubarrones grises. Las estrellas están vivas en el firmamento y el reflejo de la luna también aporta claridad en el negro paisaje. Las luces de los aviones procedentes de Madrid dibujan una ráfaga centelladora. Hay espacios que se abren entre el poblado de chaparros, por donde discurre y se entromete la trayectoria de los faros potentes de los vehículos; eso hace resaltar las isletas de pinos, altos, gruesos. Todo queda dentro del aro de luz de los focos. Entre el conjunto de troncos hay algunos tan finos como la punta de un alfiler. Algunos de sus tallos son nuevos, es posible que fueran plantados después o polinizados por las abejas. En una rama, elegida con el propósito de sostener peso, cuelga la silueta de un cuerpo. El equipo policial, armado con linternas de gran voltaje, se adentra en la arboleda y el pinar. Poco a poco se aproximan y avasallan con los matorrales que parecen garras de águilas. Los matojos también caen bajo los pies de Ledesma y sus hombres. La imagen es cada vez más nítida. Llegan al exacto enclave del crimen. El forense hace un primer examen ocular. Brazos alargados y pegados al cuerpo. Piernas desnudas y ensangrentadas dibujan una ligera flexión en su forma. Los pies cuelgan desguarnecidos y juntos, cual dos soldados caídos que miran a un mismo punto. Y los dedos, firmes y amoratados, son flechas que marcan las directrices del camino abierto y embarrado. El subinspector del cuerpo de la

Policía judicial lanza unas patadas a dos buitres, que se resisten a dejar el banquete de podredumbre. Otro de los agentes les lanza unas piedras del suelo. Los carroñeros alzan el vuelo con trozos de carne colgando de sus fuertes y encorvados picos. Han devorado parte de la carne blanda del abdomen, que también ha sido abierta con un cuchillo de sierra. Las entrañas, enrolladas como madejas de gusanos, huelen a huevos podridos.

—A estos bichos, la naturaleza les ha adiestrado para ser hienas con alas —comenta el forense.

—¿De dónde cojones han salido estos bicharracos? ¿No se supone que son diurnos?

—Subinspector, con todo mi respeto, ¿no percibe usted un olor a carnaza y a basura? —pregunta un agente.

—Sí, la verdad que, ahora que lo dice, sí, pero entre la pestilencia que desprende el cadáver abierto en canal, no sé ya si se refiere a eso...

—Bueno, eso también, pero más adelante hay una gran explotación de ganado de ovejas. Ya sabe que los purines desprenden un fuerte hedor. Es normal que haya buitres merodeando. Y se ha comprobado que algunas especies, como los leonados, también salen de noche. Yo los he visto devorar a un perro moribundo.

—Es verdad —Ledesma no soporta a los listillos de turno. Y este es un rapaz que se cree que tiene todo aprendido. Sabe que en estos momentos necesita del instinto de su jefe. «¡Maldita seal, parece que es mi novio; siempre con el pensamiento en Villarta», refunfuña Ledesma. Sin más, deshace de su cabeza al inspector jefe y se centra en el ahorcado. De la entrepierna le sobresalen unos colgajos.

—Al menos sabemos que se trata de un varón. Eso sí, deshuevado —puntualiza el doctor Germán Torres.

—Quien quiera que haya perpetuado este brutal crimen tiene que provenir del mismo diablo. ¡Dios mío! —Ledesma se ve obligado a detener sus exclamaciones al ver a uno de los nuevos reclutas en cuclillas echando por la boca hasta el almuerzo.

—¡Llévenselo de aquí ya! ¿Quién ha traído a la escena del crimen a un novato? ¡Está más verde que una oliva! ¡Está contaminando el escenario con sus vomiteras! ¡La leche! Todos los mocosos me tienen que tocar a mí. ¡Aléjenlo de aquí!, ¡es una orden! —la retahíla de exclamaciones salen seguidas como un pasodoble de la boca del subinspector. Está cabreado. El pobre agente sigue en cuclillas, porque a los vómitos también se les ha unido un mareo por la pura impresión. Dos compañeros consiguen sacarlo del círculo que vira alrededor del cuerpo colgado.

—¿Qué puede decirme, doctor?

—Aún es pronto para sacar conclusiones definitivas. Debo rebuscar entre sus entrañas y abrir su masacrada cabeza. Aunque puedo confirmar que las heridas abiertas y profundas han sido determinantes y cruciales en la agonía de este pobre muchacho.

—Bueno, pero... ¿puede decir la edad aproximada y hora de la muerte?, imagino —comenta Ledesma.

—Sí, entre veinte y veinticinco años. No más. Para determinar la hora tienen que bajar el cuerpo del árbol. No tardará mucho en llegar la orden judicial para el levantamiento del cadáver —responde el forense—. Pero por el color de piel y la cantidad de sangre vertida en el suelo, el individuo no ha tardado mucho en morir. Yo calculo que no hace más de cuatro o cinco horas de su fallecimiento —añade.

Ledesma aprecia de inmediato que, entre las chorreras de sangre reseca y la más reciente, se esparce un reguero y este, a su paso, dibuja un camino que recorre por las piernas hacia abajo. Justo en la unión de las articulaciones de los tobillos hay marcas de ataduras. Observa los dedos de los pies y se da cuenta de que las yemas están ennegrecidas. Ledesma busca un sitio limpio entre la hierba y los matojos que rodean el perímetro del cadáver, y clava una rodilla en el suelo. Apoya una mano y deja caer su peso hasta introducir la cabeza bajo los pies del ahorcado. En el plantar derecho cree distinguir el dibujo de una mariposa; y en el izquierdo, tres puntos suspensivos. Sigue con la mirada hasta las muñecas

vencidas en el vacío y encuentra más señales. Sin pasar por alto las manos enroscadas y apretadas. Ledesma se atreve a vaticinar que las huellas dactilares también están carbonizadas y que, junto a las líneas marcadas de un trágico destino, la identidad del muchacho sea uno más de esos casos difíciles de esclarecer. Félix sigue con su inspección. Ha cogido prestado algunos hábitos de su jefe Villarta, como hablar en voz alta, pero sin dirigirse por el momento a nadie.

—Ha estado maniatado. No hay duda —de inmediato se pone a buscar algún lugar cercano donde pueda haber restos orgánicos que prueben su conclusión. O algunos objetos personales que den indicio de quién era. Sin alterar nada del escenario, inquiere entre las cercanías. «El asesino no se ha expuesto a cargar con un cadáver en el vehículo. Es demasiado inteligente para arriesgarse. Creo que incluso tenía bien estudiado el terreno», cavila Félix. Aunque son casos distintos, no puede dejar de pensar en Adelardo de la Hoz. El recuerdo del graznido casi diabólico del canto del grajo en los campos abiertos de La Mancha retumba y persiste en su reminiscencia.

Villarta, el jefe, le inculcó algunas de las costumbres de su tierra, así como que los perros, cuando aúllan, espantan a la muerte. Y en la Campiña del Salazar también se escuchan sonidos de animales que habitan en la noche. Por otro lado, nada. Resultado nulo. Vuelve otra vez al sitio, donde ha dejado al doctor hablándole a la grabadora.

—La víctima tiene colapsada la cavidad bucal con un trapo rosado de tejido de raso; parece ser lencería. La sangre, debido al color oscuro y densidad, es posible que sea interna. El rostro está inflamado, supuestamente debido a la ruptura total de dientes y la lengua partida. Los oídos internos se aprecian reventados. El rostro está en su totalidad desfigurado por golpes contundentes y con brutalidad. No por ello dificulta la apreciación del vaciado de los globos oculares. No hay cortes. Queda pendiente el estudio forense.

—En una palabra, que tenemos jodido la identificación de este pobre chiquillo, porque el hijo de puta que lo ha asesinado

se ha tomado la molestia de quemar las yemas de los dedos de pies y supongo que también de las manos —añade Ledesma, que no deja de prestar atención a todas las connotaciones del experto. Sin obviar cada milímetro del pino. Algo no concuerda. Se fija en las ramas. Desde las más fuertes y gruesas hasta las más débiles y quebradizas. Trepa al árbol adhiriéndose a su corteza. Una vez en la horquilla que forman las ramas de las que cuelga el cuerpo, Ledesma simula golpear la cabeza del cadáver *in situ*. Y comenta—: Le han rasurado el pelo; aún se pueden apreciar cortes en lo que queda de cráneo sin machacar.

El doctor no entiende qué hace el subinspector subido como un mono a las estirpes de madera. Ledesma otea, toca, huele y calcula. De uno de los bolsillos de su traje chaqueta saca un rollo de cinta aislante negra. Siente pereza ir a la modista y perder un tiempo del que no dispone. Su mujer tiene bastante con su enfermedad. Y él tampoco es manitas con la aguja, así que la suma de esos dos factores, la dejadez y la desmaña, hace que pegue los bajos de los pantalones con adhesivo. Luego, del extremo del gajo del árbol, enrolla un buen tocho, y así enlaza con otra de las brozas. Vuelve a ojear, palpar, olfatear y, por fin, se deja escurrir por la piel vasta del madero hasta tocar el suelo. Una vez en la superficie, continúa buscando, y halla otros dos cabos claves de sujeción. Pero esta vez, las estacas están ensartadas entre la tierra y los matojos. Hace la misma operación. Estira y enrolla más cinta de embalar para marcar el territorio. Todo su equipo está pendiente de él.

—¡Justo lo que me imaginaba! —exclama pletórico—. ¡Miren! Fíjense en esos puntos que yo he marcado con la cinta adhesiva, ¡forman un aspa! ¡Esos son los extremos donde ha estado atada la víctima! Además, desde ambas caras, es decir, interna y externa, el criminal ha tenido absoluta libertad para abrir la espalda en canal y cortarles los testículos. Y una vez inconsciente por la pérdida de sangre, el asesino se ha subido al árbol para enroscarle la sogá al pescuezo y así acabar con el hilo de vida que aún pudiera tener —comenta mientras mira al doctor, que, perplejo, no deja de

prestarle atención—. Luego, como broche perfecto en su crimen y para dificultar la identificación, le ha masacrado la cabeza con algo contundente, no sin antes introducirle la pieza de lencería. Claro, como también supongo que, previo a la escabechina final, le ha rapado el cuero cabelludo, y lo ha hecho con tanta violencia que hay heridas y surcos de la cuchilla. Por supuesto que no se ha permitido ningún error; por eso, antes se ha asegurado de que no haya ni uno solo de los pelos en el escenario, ni tampoco en el torso. Para ello, ha tenido que emplear algún embalaje —Ledesma siente satisfacción por todo lo que ha deducido al ver la leyenda de ensañamiento que brota del cuerpo maniatado y desangrado.

No soporta dejar nada por alto, y menos aún que el listillo de turno sea como esos antiguos lameculos del colegio que aprovecha la ocasión para meter puntilla.

—No ha dicho nada de la ropa, pero... digo yo que, si lo han matado aquí a este muchacho, no habrá venido desnudo por la autovía. Habría llamado mucho la atención y alguien hubiera visto algo —comenta Hernández, un agente que lo sigue a todas partes como su sombra. Uno de esos que se ve a una legua que quiere chupar relevancia ante Gutiérrez.

Ledesma lo mira, asiente y se dirige hacia el doctor Torres, que ya está impaciente por hablar.

—Sí, el muy cabrón nos lo ha puesto difícil —responde el facultativo y prosigue con las descripciones oculares—. Pero hay cosas que se le escapan, subinspector. Este hombre ya era pasto de la muerte antes de ser colgado. Debo hacerle la autopsia, pero, a simple vista y por el color de la piel blanquecina, este tipo ha muerto como un gorrino destinado a morcillas. ¡Vamos, que no ha ofrecido resistencia alguna mientras alguien le rompía el pescuezo! ¡Observe!

Los ojos de Ledesma se posan en el punto exacto donde el doctor señala con el dedo índice. Enseguida, cae en la conclusión a la que se refiere Torres. Un collar morado y rojo alrededor del pescuezo del muchacho no es lo que más empodera la atención, sino

el lugar exacto donde está anclada la soga, que sigue intacta. No pueden liberar al muerto de su condena hasta que no esté sobre la mesa del anatómico forense. Solo así se aseguran de que la cadena de pruebas no sea modificada ni rota.

—Entiendo, doctor. ¿Se refiere al nudo?

—Entre otras cosas, sí. Pero fíjese en la distancia total que hay desde la rama hasta el suelo. Los pies suspendidos en el aire determinan que es una ahorcadura completa y a la vez simétrica. El nudo, tal y como usted ha apreciado, está en la parte posterior del cuello; es la ahorcadura típica. ¿Nota algo extraño en el rostro? — el forense, antes de darle tiempo al subinspector para que exponga su suposición, se adelanta y responde a su propia pregunta—: Para empezar, debería de darle algunas clases rápidas de tipos de ahorcamientos. Por ejemplo, en el caso de ahorcadura simétrica y típica, el rostro adquiere un tono pálido porque la sangre del cuerpo no sale ni entra en la cabeza, y de ahí el origen de su definición en término forenses cuando nos referimos a un colgamiento blanco. En cambio, en una ahorcadura asimétrica, el rostro se pigmenta azulado o amoratado por la concentración de sangre en la cabeza. Y la hendidura en el cuello es profunda, y más en este caso, en que la soga es más fina. Y en este cadáver no se da ninguna de las dos situaciones. Es por eso por lo que me atrevo a decir que esta persona sufrió mucho antes de morir, y que la ahorcadura solo es una representación de poder y burla. En términos más sencillos, el asesino ya sabía que el muchacho era fiambre y no se ha entretenido en tonterías a la hora de enroscarle la cuerda como collar.

Ledesma es entonces cuando se formula una cuestión: ¿Cómo diantres habrá conseguido convencer al muchacho para traerlo hasta este apartado lugar? De algo está seguro: es un psicópata sin escrúpulos. Y si es tal y como cree o sugiere el doctor, sabe que se enfrenta a alguien despiadado y que está fuera de control. «Esta maldita crisis está sacando lo peor de las personas. Gente parada y sin oficio ni beneficio no trae nada bueno. Todos vamos a acabar como corde-ros en el matadero si esto sigue así», rumia el subinspector.

Como si el doctor hubiera leído la mente del subinspector, se entromete en sus cavilaciones y responde:

—Subinspector Ledesma, mi misión es averiguar las señales, heridas y vísceras de este cadáver. Abrirlo en canal. Bueno, mejor dicho, cortar lo que el asesino se ha dejado sin rajar y descifrar lo que su interior esconde. Todo lo demás es trabajo suyo. Solo, y si me lo permite, quiero advertirle de que alguien que hace semejante atrocidad y se toma este tiempo de tortura no se detendrá aquí. Esto no ha sido algo fortuito, sino el comienzo de una matanza.

Entre tanto, la orden judicial acaba de llegar por mediación de su secretario. Uno de los hombres de Ledesma sube con facilidad por el tronco y corta la soga que sostiene al cuerpo. Entre varios hombres sujetan el cadáver para que no se venza y caiga al suelo, porque eso podría contaminar las pruebas. Una pestilencia de sangre ensucia el traje de los uniformes policiales, a excepción del forense y su ayudante, que ya son pájaros viejos en el oficio y siempre van preparados para las ocasiones más dantescas.

Al dejar los restos sobre una sábana de plástico, lo justo para evitar su contaminación, desde el fondo de los intestinos salen volanteando unos gordos y sebosos moscardones. Estos bichos perciben el olor a putrefacto desde kilómetros de distancia. Incluso podría decirse que huelen hasta las postremas bocanadas de un moribundo. Algunos de los policías dan arcadas de asco. Ledesma intenta mantener el orgullo, pero, con disimulo, echa por unos instantes la cabeza para atrás y deja libre el asco que carcome a su instinto humano.

Por las curvas del camino se visualizan los faros de varios vehículos. No es un lugar transitado por la noche; es decir, que, quienes sean, saben hacia dónde se dirigen y con un claro objetivo.

—¿Quiénes serán? —pregunta Hernández a Ledesma. Este, a la vez, sabe que la casualidad pocas veces deja espacio entre lo real y la suposición.

—¡Es la prensa! Algunos son solo carroñeros que se alimentan de las sobras de la humanidad —comenta el subinspector, al

tiempo que sus pensamientos lo derivan a su jefe, el inspector Villarta: «Él sabría cómo espantarlos»—. ¿Cómo cojones se habrán enterado? Parece que hasta el viento sea cómplice de llevar los rumores de jugosas noticias —protesta otra vez Ledesma. De inmediato piensa en Campanar, testigo absoluto y denunciante del crimen—. ¡Vayan ahora mismo al domicilio de nuestro declarante y llévenlo a comisaría! Quiero que lo retengan hasta que yo llegue —ordena Félix a dos de sus hombres—. ¡Y sáquenle aunque sea con un sacacorchos toda la información! ¿Por qué ha avisado a la prensa? Detalles que oculta. ¡Y hasta el olor de su propia mierda si es preciso! Pero quiero a ese mal nacido más suave que la seda cuando yo vaya. Y para eso, ¡cánsenlo una y mil veces con las mismas preguntas si es necesario!

